

El último día

Mateo 26.45—27.66 y pasajes paralelos

Introducción: Se señala a veces, que nosotros le damos una importancia excesiva a la muerte de Cristo, y esto, a expensas de su vida. Es posible que así sea. Es posible que la enfoquemos mecánicamente, lo cual hace que no atinemos en hacer de la cruz, la culminación natural del amor del Padre y de la vida de Jesús. Sin embargo, sugiere el hecho que no haya otros de los eventos de un día de la Biblia que hayan sido narrados con igual plenitud. Si la vida completa de Jesús fuese relatada, se llenarían cuatrocientos volúmenes del tamaño del Nuevo Testamento.

1. La traición.

Los tres discípulos habían dormido mientras Jesús oraba. Pero no Judas. Éste había estado ocupado, perfeccionando sus planes. Cuando Jesús se levantó de hacer sus súplicas, y regresó donde los discípulos, Judas entró al huerto con una banda de soldados equipados con armas y antorchas. Estos hombres no conocerían a Jesús; pero, con el fin de que no hubiese un error, Judas les había dado una señal; y yendo en dirección a Jesús, le dijo: “¡Salve, Maestro!”¹ y le besó. Una conmoción sobrecogió a los mercenarios, cuando tuvieron a la vista al famoso profeta de Galilea, y retrocedieron al comienzo; pero cobrando ánimo, arrestaron a Jesús, lo ataron y lo sacaron. Era más de lo que Pedro podía soportar, y con un golpe mal dirigido de su espada, le cortó una oreja a un siervo del sumo sacerdote. Pero las espadas, ya fueran de amigos o de enemigos, no podían haber servido en contra de los poderes, que él podía invocar, si él hubiera querido usarlos; y de nada servía que los amigos interfirieran a su favor, en contra del firme propósito suyo y el odio de los judíos. El amor divino y el odio diabólico, los sublimes propósitos de Dios, y los agresivos propósitos del hombre, se encontraron y entremezclaron alrededor de la cruz.

2. Los juicios.

Los romanos les daban a los judíos, así como a

todos los pueblos conquistados, una gran medida de libertad. Siempre y cuando guardaran la paz y pagaran los impuestos, éstos podían administrar los asuntos locales, casi totalmente de la forma que ellos quisiesen. Pero cuando el concilio nacional de ellos consideraba que un prisionero era *digno* de muerte, la sentencia de muerte en sí, se la reservaban a la corte romana. Así, hubo dos juicios distintos que le hicieron a Jesús: uno judío o eclesiástico, y otro romano o civil. En cada juicio hubo tres fases.

a. *El juicio judío o eclesiástico.* — 1) La primera fase fue un examen preliminar ante Anás. Anás había sido el sumo sacerdote por muchos años atrás, y todavía era considerado por los judíos, como un sumo sacerdote *de jure*. Era un hombre de edad avanzada y de gran influencia. Después de unas pocas preguntas, Anás envió a Jesús a Caifás; pero esto no ocurrió, sino hasta después de que el primer golpe *cruel* fue descargado sobre su persona. 2) La segunda fase se llevó a cabo delante de Caifás, y fue más importante. Caifás era el yerno de Anás, y era el sumo sacerdote *de facto*, y como tal, el presidente del concilio. Cualquier reunión del concilio antes del amanecer, era ilegal; pero los líderes estaban evidentemente empeñados, en prácticamente asegurarse, que Jesús fuera condenado, antes de que el pueblo entrara en actividad. Fue difícil montar una acusación plausible. Varias acusaciones absurdas fueron hechas, pero los testigos se contradecían, y Jesús mantuvo un silencio dignificado. El enjuiciamiento estaba en peligro de fracasar, cuando Caifás decidió hacer que Jesús se incriminara a sí mismo. “¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?”² Jesús había guardado silencio anteriormente. A *esta* pregunta no podía quedarse callado, y respondió: “Yo soy”.³ “Blasfemia”, gritó Caifás. “¡Es reo de muerte!”⁴ sonó el eco de los hostiles jueces. Debió haber sido poco después de la medianoche, cuando Jesús fue

² Marcos 14.61; vea también Mateo 26.63; Lucas 22.67.

³ Marcos 14.62; vea también Mateo 26.64.

⁴ Mateo 26.66; vea también Marcos 14.64.

¹ Mateo 26.49; vea también Marcos 14.45; Lucas 22.47.

arrestado. Todavía restaba algún tiempo para que el sol saliera, y el intervalo anterior a la reunión plena del concilio se pasó en brutal escarnio contra el pasivo prisionero. 3) La tercera fase anterior al concilio pleno, era simplemente una ratificación formal de la decisión que ya se había tomado.

En algún momento durante las anteriores fases, fue cuando ocurrió la caída de Pedro. Junto con Juan, se había introducido para estar cerca de su Maestro, y poder ver el proceso. Era terreno peligroso; y Pedro, dando pie al terror, cuando uno y otro lo señalaron en son de mofa como galileo, tres veces negó a su Señor, e incluso agregó juramentos a sus negaciones. ¡Pobre Pedro! Pero él no estaba perdido *sin esperanza*. El canto del gallo; el recuerdo de la predicción hecha por Jesús y el de su propia jactancia, junto con una silenciosa y triste mirada de Jesús, cuando éste cruzaba el patio hacia el palacio de Caifás, todo ello hizo que recordara lo mejor de sí mismo: “Y saliendo fuera, lloró amargamente”.⁵

Hubo otra escena paralela, más triste y más terrible. Judas, también había presenciado el proceso. Puede ser que tenía la esperanza de que Jesús rompiera sus cadenas y manifestara su gloria. Ningún daño habría de sobrevenir sobre el Maestro, a la vez que él mismo podía ser más rico por la suma de treinta piezas de plata. Pero las tres fases del juicio judío habían terminado. Jesús había sido condenado a morir. Sólo faltaba la sentencia de Pilato. El remordimiento hace presa de Judas. Aquellas treinta piezas de plata le están ardiendo hasta el alma. Corriendo ante el concilio las arroja al suelo, y dice: “Yo he pecado entregando sangre inocente”.⁶ “¿Qué nos importa a nosotros? ¡Allá tú!” es la respuesta sin corazón. El traidor siempre es despreciado como una herramienta, por aquellos que lo usan. Y yendo fuera se ahorcó (*cf.* Mateo 27.5; Hechos 1.18–19). ¿Por qué no fue, aún en ese momento, a los pies de Jesús, y recibió la bendición de su perdón? El remordimiento no es arrepentimiento: Judas es ejemplo de lo primero; Pedro, de lo segundo.

b. El juicio civil o romano.— Aquí, también, hubo tres fases: 1) Ante Pilato. La primera pregunta de Pilato fue: “¿Qué acusación?”. La acusación judía de blasfemia, bajo la cual *ellos* lo habían condenado, no tenía valor delante de una corte romana. Al comienzo, trataron de obtener la sentencia de Pilato, haciendo uso de vagas acusaciones, de que había hecho algunas malas obras; pero, con un sentido romano de justicia, Pilato insistió en

acusaciones explícitas. “... prohíbe dar tributo a César, diciendo que él mismo es el Cristo, un rey”.⁷ La primera era una mentira; y Pilato, pronto, se contentó de que Jesús no alegara rango de realeza en ningún sentido político, y lo declaró inocente. Ellos no se iban a rendir así no más, e hicieron una cuarta acusación, en el sentido de que él suscitó una sedición en todo el camino que anduvo, desde Galilea hasta Jerusalén. Pilato estaba en un dilema. No estaba dispuesto a condenar a un hombre inocente; tenía temor de ofender a los judíos. Pero se prendió de la palabra Galilea. Ésa era la provincia de Herodes; Herodes estaba en la ciudad; los dos gobernadores estaban enemistados; aquí había una rara oportunidad de mostrar cierta cortesía a Herodes y de superar la disputa, y a la vez deshacerse de un caso peligroso y con el cual no podía estar de acuerdo. Así, Pilato envió a Jesús a Herodes. 2) Ante Herodes. Éste había estado ansioso por conocer a Jesús, tenía la esperanza de presenciar un milagro. Pero Jesús, motivado por su propio precepto, de no arrojar las perlas delante de los cerdos, a todas las preguntas de Herodes, no devolvió una sola palabra. Luego ocurrió el segundo escarnio. Completamente frustrado, Herodes y sus brutales soldados, vistieron a Jesús con una antigua túnica real y lo enviaron a Pilato. 3) Ante Pilato nuevamente. Cerca de esta hora, el populacho comenzó a reclamar la liberación de un prisionero, un favor anual para la Pascua. Pilato, al instante propuso a Jesús. Pero los sacerdotes han estado ocupados con el pueblo. El Jesús que entró a la ciudad montando, a la cabeza de una procesión triunfal, y éste que, condenado por el concilio, aguardaba la sentencia de Pilato, son dos personas. “No a éste, sino a Barrabás. Y Barrabás era ladrón”.⁸ Por un rato más, Pilato lidió con la multitud y con su propia conciencia; luego cedió y dio la orden de crucificar a Jesús. En el intervalo, los soldados de Pilato le agregaron su propia mofa echando encima de Jesús un manto de escarlata, poniéndole una caña en su mano derecha, y poniéndole una corona tejida de espinas sobre su cabeza.

De esta forma termina el juicio de seis dobleces, en el cual la traición, la hipocresía, la cobardía, el cálculo político y la salvaje brutalidad, se yerguen en permanente antítesis a la hombría de Jesús. Aun allí, ataviado de ficticia realeza, enfrentando las burlas e insultos de la multitud, él era mil veces

⁷ Lucas 23.2.

⁸ Juan 18.40; vea también Mateo 27.20; Marcos 15.11; Lucas 23.18.

⁵ Mateo 26.75

⁶ Mateo 27.4.

más rey que cualquiera que alguna vez se hubiese sentado en el trono de Herodes, o que hubiese llevado una diadema del César.

3. La crucifixión.

a. *Hora y lugar.*— Eran cerca de las nueve de la mañana cuando se dio la orden de crucificarlo. Jesús sufrió fuera de la ciudad (Hebreos 13.12) en un lugar llamado en hebreo, el Gólgota, en griego, Cranion; en latín, Calvaria —siendo el significado de todos éstos: “calavera”. Es probable que fuera una loma en forma de calavera al noroeste de la ciudad.

b. *En el camino.*— Jesús salió cargando su propia cruz; pero antes de llegar al Gólgota, los guardias tomaron a un joven cireneo y le pusieron la cruz encima; tal vez porque el peso era demasiado para las fuerzas de Jesús, exhausto por la vigilia de la noche y los sufrimientos de la mañana. Hubo quienes, aún en aquella hora tan negra, fueron hallados lamentando su destino. Los labios, que por largo tiempo habían guardado silencio bajo los insultos, ahora se abrían con compasión; no por sí mismo, sino por aquellos que muy pronto estarían abrumados por la ruina que le esperaba a Jerusalén.

c. *En la cruz.*— Dos bandoleros fueron crucificados con él. La crucifixión era la manera como los romanos ejecutaban a los más bajos de los criminales. Las mujeres de Jerusalén, motivadas por la compasión, estaban acostumbradas a preparar una bebida estupefaciente para tales ocasiones. Tal bebida fue ahora ofrecida; pero Jesús se rehusó a nublar sus facultades, aun cuando fuera para aliviar su dolor.

d. *Las siete palabras de la cruz.*— Hay siete palabras que Jesús dijo estando en la cruz, las cuales fueron registradas: 1) La primera de éstas fue probablemente, la que se habló en este momento. Los cuerpos fueron primero clavados en la cruz, y luego la cruz fue enclavada en un hoyo. “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”;⁹ fue lo que dijo para referirse a los rudos soldados que poco después se sentaron a echar suertes sobre las ropas de Jesús. Pilato había hecho preparativos para que las diferentes acusaciones fueran puestas por encima de las cabezas de las víctimas. La de Jesús, en hebreo, griego y latín, fue intención de Pilato, y los judíos la sintieron como un insulto a ellos: “Jesús Nazareno, rey de los judíos”.¹⁰ Protestaron, pero no lograron nada. 2) La madre de Jesús y otras dos Marías, permanecieron

con Juan, cerca de la cruz. A su madre y a Juan les dirigió Jesús su segunda palabra: “Mujer, he ahí a tu hijo,... he ahí a tu madre”;¹¹ preocupado todavía por los demás, antes que por sí mismo. 3) Y ahora da comienzo el odioso espectáculo del poder, desahogando su reprimido rencor sobre la debilidad. Los sacerdotes, y los escribas, los gobernantes principales y los cabezas de la nación, se unieron a los insultos de la muchedumbre que tal clase de escenas agrupa. “A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar”;¹² una verdad más profunda que aquella que pensaron; pues ¿cómo podía él salvarse a sí mismo si salvaría a otros? Aun los malhechores en la cruz, pobres miserables, se unieron en la burla; los dos al comienzo, hasta que uno de ellos, tocado hasta la piedad y el arrepentimiento por contemplar el sufrimiento inocente de Jesús, se volvió hacia la cruz del centro con esta oración: “Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino”.¹³ Fiel a su nombre y a su misión hasta en el último momento, Jesús expresa la tercera palabra, desde la cruz: “... hoy estarás conmigo en el paraíso”.¹⁴ 4) Luego, desde las doce mediodía, hasta las tres de la tarde sobrevinieron tres horas de oscuridad y silencio. Es la hora del sacrificio de la tarde, cuando, de entre la oscuridad y desde la cruz, sube al cielo la primera y última queja de aquellos pacientes labios, las misteriosas palabras: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”¹⁵ Rápidamente se sucedieron las expresiones que restaban: 5) “Tengo sed”,¹⁶ la primera y última expresión de dolor corporal. El asombro había suavizado los corazones, y Jesús recibió un sorbo de refrescante vinagre. Una vez más habla: 6) “Consumado es”,¹⁷ consumado, no simplemente finalizado, la vida más noble que jamás vivió sobre la tierra; consumó, la obra de la redención humana; consumó, cumplió, en un sentido más sublime que el que los patriarcas y profetas jamás soñaron, los tipos, y símbolos, y profecías del Antiguo Testamento. 7) Luego, inclinando su rostro, con la séptima y última palabra de la cruz expiró: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”.¹⁸

e. *Fin del antiguo pacto.*— En el momento en que clamó para expirar, la tierra se estremeció con la sacudida de un terremoto. El velo del templo se

¹¹ Juan 19.26–27.

¹² Mateo 27.42; Marcos 15.31; Lucas 23.35.

¹³ Lucas 23.42.

¹⁴ Lucas 23.43.

¹⁵ Mateo 27.46; Marcos 14.34.

¹⁶ Juan 19.28.

¹⁷ Juan 19.30.

¹⁸ Lucas 23.46.

⁹ Lucas 23.34.

¹⁰ Juan 19.19; vea también Mateo 27.37; Marcos 15.26; Lucas 23.38.

rasgó desde arriba hacia abajo; pues la cruz de Jesús marcó el fin del Antiguo Testamento con sus tipos y sombras (Colosenses 2.14). Los hombres se llenaron de espanto. Aun el centurión romano fue constreñido a decir: “Verdaderamente éste era hijo de Dios”.¹⁹

4. La sepultura.

El día que seguía a la crucifixión era un día de reposo importante. ¡Los judíos fueron capaces de cometer un asesinato, pero no de mancillar el día

de reposo!; los cuerpos no deben quedarse en las cruces después de la puesta del sol. Para apurar la muerte de los crucificados, las piernas les son quebradas; pero Jesús ya estaba muerto, tal como se apreció con el coágulo que brotó después de la estocada, con la lanza del soldado. Dos profecías fueron así, inconscientemente, cumplidas (Salmos 34.20; 22.16–17). El cuerpo de Jesús fue entregado a dos discípulos, José de Arimatea y Nicodemo; manos amorosas lo prepararon para el sepulcro en la nueva tumba de José; y, a petición de los temerosos judíos, el sello romano y una guardia romana aseguran el sepulcro. ■

¹⁹ Mateo 27.54; Marcos 15.39.

©Copyright 1999, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados